

LUIS ARCAS, académico de número

Quedar, yéndose

Hablemos de Luis Arcas y hablemos con el corazón. Con el corazón de la amistad donde cabe toda la simpatía hacia el amigo; la disculpa, cuando no la ceguera, por sus defectos; la alegría compartida por todo cuanto de bueno le suceda y el auténtico dolor cuando el amigo se va.

Luis se ha ido y bien a su pesar; porque no he conocido a nadie con tal avidez por vivir. Dado su temperamento apacible, era difícil percatarse de su condición de “devorador de vida”. ¿Quizá premonición?

Hacia todo sentía interés, siempre dispuesto a conceder su asistencia a los actos y lugares en que le requerían sus amigos. Amaba la vida mucho, le gustaba vivir tanto que pretendió detener esas horas que llegaban inexorables hacia su final anunciado e irreversible.



Luis era un ser especial; a veces como un gentilhombre venido de otros tiempos, un ser cordial y educadísimo, un artista pintor innato, de primera línea, de sabios coloridos y precisos dibujos. Un hombre que precisaba del contacto social y de la amistad y sus afectos, sabedor del carisma que poseía y le garantizaba la simpatía y el aprecio de todos. O de casi todos, porque toda espiga alta tiene su guadaña.

Yo tenía quince años cuando le conocí en nuestro adorado San Carlos. El ya terminaba su carrera y desde entonces una corriente de amistosa simpatía y fraternal cariño sobrevivió durante treinta y cuatro años. Mi madre le llamaba “el chico guapo”, porque lo era y mucho entonces.

Años después, múltiples dolencias, muchas de ellas graves, fueron talando aquella apostura, variando el arco de sus ojos y de su boca, hasta depurarlo en esa última estampa de especial contenido para los que sabíamos su patética razón.

Luis nos ha dejado un ejemplo de valor en una batalla a vida o muerte librada casi públicamente, nutrido ese valor por el cariño y el ánimo de los suyos y de sus amigos.

El día anterior a su marcha hacia Inglaterra, a su última cita, vino a San Pío V, donde trabajo, y ante su hija Irina nos fundimos en un fraterno abrazo. Pensé que no podía yo admitir, “éste es el adiós”, y que Luis iba a ganar la suprema apuesta a cara o cruz. Hemos perdido a un ser humano vital y enamorado de la vida, el amigo, el artista. Yo he perdido un elemento constante en mi paisaje desde niña: han arrancado un árbol que estaba frente a mi ventana. Pero ha quedado con nosotros en el milagro de permanencia que durará mientras dure nuestra vida.